

Hace apenas unos meses Basadre publicó su último libro dedicado al estudio de los mecanismos electorales utilizados por el Estado oligárquico. El proyecto original implicaba una profunda renovación de nuestra historia política con el empleo de un amplio material cuantitativo que sería procesado mediante computadoras pero irónicamente, el historiador de la república, no encontró el financiamiento necesario para llevar adelante su proyecto y el libro en cuestión acabó en lo que vendría a ser un informe preliminar; aparentemente la investigación quedó inconclusa.

La anécdota puede ser reveladora del abandono —por parte del Estado y las instituciones privadas— de la investigación social en el Perú. Basadre recibió en los últimos años de su vida algunos honores pero en cambio quienes ahora reclaman su nombre, no prestaron la atención necesaria a sus proyectos de investigación.

La sobriedad de Jorge Basadre se hubiera incomodado con estas referencias, por eso interesa más llamar la atención sobre otro aspecto de la anécdota: Basadre seguía investigando persistía como historiador, no era un jubilado. Con su obra realizada hasta 1968 —fecha de la última edición de su *Historia de la República*— cualquiera hubiera podido considerarse satisfecho y optar por el retiro de una actividad fatigosa y que a la postre reportaba escasos beneficios.

Pero ocurre que para Basadre, historia y vida —recordando el título de uno de sus libros— se confundían y se entremezclaban: ante todo fué un historiador un hombre apasionado con su oficio que nunca perdió el entusiasmo por la formulación de problemas, por la acuciosa lectura de los testimonios y por el ejercicio de recrear el pasado interpretándolo. La prueba es como esa historia aparentemente gris y tediosa que transcurre a partir de 1821, termina adquiriendo variadas tonalidades en sus páginas Jorge Basadre mantenía una renovación metodológica permanente porque a diferencia de otros contemporáneos suyos, él nunca detuvo sus lecturas en una fecha (1930 ó 1945) sino que por el contrario buscó mantenerlas al día. En su último libro cita el estudio reciente de Perry Anderson, *The Antinomies of Antonio Gramsci*, que recién comienza a ser conocido entre los jóvenes científicos sociales.

No era una excepción o un descubrimiento casual, porque quienes pudimos aprovechar de sus enseñanzas, sabíamos que nadie como él estaba informado de los avances de la historia económica norteamericana o de las sofisticaciones francesas en el terreno de la historia de las mentalidades.

Su información era igualmente detenida sobre las nuevas investigaciones históricas que se realizaban en el país.

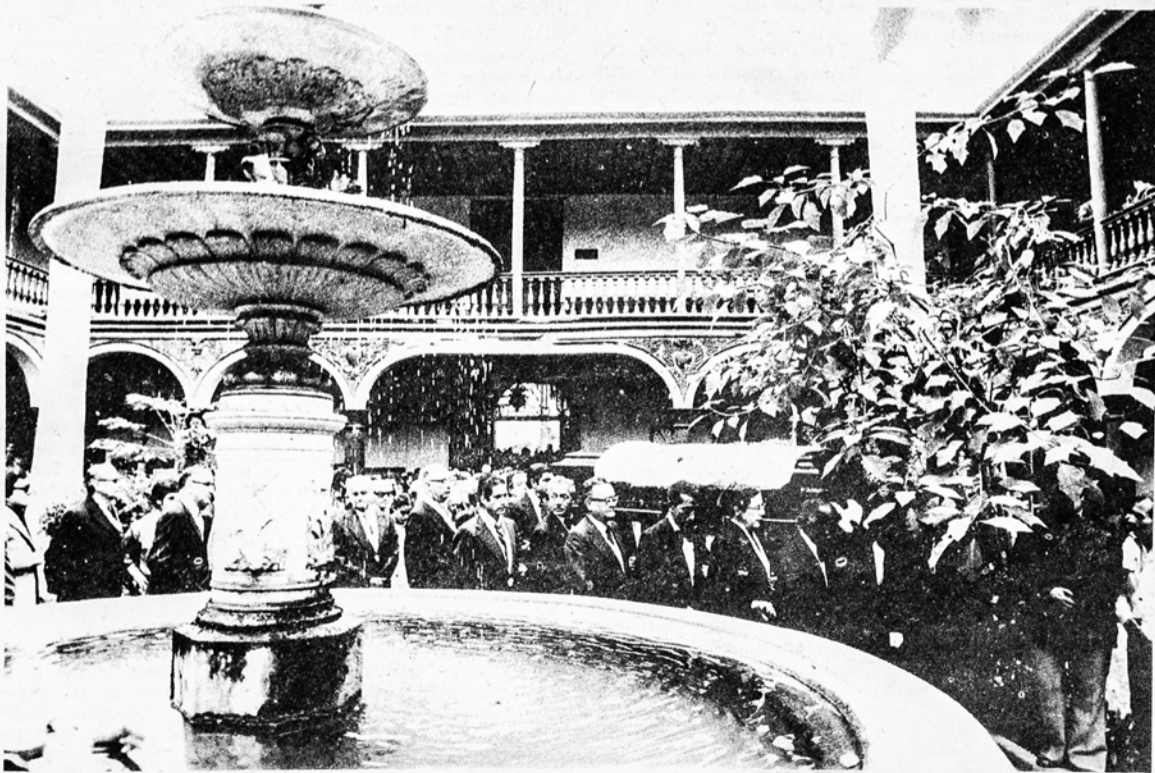
Siguió con verdadero entusiasmo juvenil la imagen polémica que sobre el problema nacional en la Guerra del Pacífico proponía Heraclio Bonilla y leyó también las réplicas y críticas de Nelson Manrique, con la intención de preparar un texto y terciar en el debate.

Años antes, cuando el mismo Bonilla conmovió a los ambientes más conservadores de la historiografía, tradicional con un ensayo sobre la independencia, Basadre se negó a participar de las conde-



ALBERTO FLORES GALINDO

JORGE BASADRE O LA VOLUNTAD DE PERSISTIR



El féretro de Jorge Basadre recorre los patios de la vieja Casona de San Marcos.

Basadre nunca dejó de percibir que la historia no era sólo un asunto de historiadores, sino que por el contrario, la memoria era una necesidad colectiva.

naciones reaccionarias y a diferencia de quienes sólo esgrimieron adjetivos, terminó escribiendo un libro donde puntualmente discutía las tesis de Bonilla, las contrastaba con los nuevos aportes bibliográficos y proponía interpretaciones muchas veces sugestivas: nos referimos a *El, Azar en la Historia*

Basadre y el marxismo

Asadre se había alejado del marxismo de sus primeros años. No era ya un historiador marxista. Pero de ninguna manera se lo puede presentar como un conservador o un reaccionario: en diversas ocasiones supo dar clara muestra de su independencia. No hace mucho tiempo, cuando precisamente un equipo de economistas neo-liberales intentó recomponer ideológicamente a la derecha peruana a partir de un simposium sobre la supuesta "economía de mercado", Basadre terminó excusándose de participar en la clausura de esa reunión. Pero que se distanciara de la derecha no significa que hiciera causa común con la izquierda.

La izquierda —hay que decirlo con sinceridad auto-crítica— se acordaba de nuestro historiador cuando se trataba de reunir firmas para un manifiesto, venía luego alguna semblanza o algún artículo de ocasión donde se intentaba subrayar el izquierdismo de Basadre. Debemos acostumbrarnos a respetar a nuestros amigos y admitir la existencia de diferencias. Lo que define políticamente a Basadre, en sus mejores momentos, es el afán, no siempre realizado, de mantener irreductiblemente su independencia.

El origen de esta situación está en los años 30. Hasta entonces el joven Jorge Basadre se había aproximado al marxismo: en las páginas de Amauta asumió una nítida postura antimperialista como consecuencia de la cual, el gobierno de Leguía clausuró momentáneamente la publicación y bajo el pretexto de complot comunista, detuvo a Mariátegui, a los principales dirigentes obreros y no faltaron algunos intelectuales detenidos en San Lorenzo, entre los que estuvo Basadre.

El hecho no lo amedrentó y dos años después, frente al propio Leguía, entonces todavía en el usufructo pleno de sus poderes, Basadre pronunció ese célebre discurso de orden en la Universidad de San Marcos donde evocó el papel decisivo de las multitudes en la historia peruana.

Indudablemente Basadre era un colaborador de Amauta, un contertulio de Mariátegui en la casa de Washington izquierda y un hombre que compartía en lo esencial el proyecto de repensar el marxismo en función del problema nacional en el Perú. Pero, muerto Mariátegui, la confluencia entre socialismo

y nación deviene prácticamente en una contraposición; en cierta manera se termina configurando una disyuntiva.

Para Basadre, como para otros intelectuales de su generación, la cuestión nacional era un problema vital: había nacido en Tacna, en pleno período de ocupación chilena, intervino después en las gestiones diplomáticas del plebiscito, de manera que entre su pasión por la Historia y su temprana conciencia nacional acabó produciéndose una simbiosis.

Después de la muerte de Mariátegui, el nuevo estilo introducido por Eudocio Ravines y la III Internacional caracterizado por la proletarización extrema de los cuadros, el menosprecio de los intelectuales ("todo pequeño burgués es un traidor") y el relego de la conciencia nacional en favor exclusivo de la táctica de "clase contra clase", tuvo que alejar del marxismo a Jorge Basadre. Ni siquiera será un "compañero de ruta". El estalinismo y las purgas lo alejaron todavía más.

Discrepando con los comunistas, persistiendo en su ruptura con la oligarquía, aparentemente sólo le quedaba el camino aprista, pero ocurre que desde temprano —al igual que a Mariátegui— le resultó intolerable el "caudillismo" de Haya de la Torre; no dejó de percibir ciertas similitudes entre el aprismo y el fascismo, de manera tal que no aceptó la invitación de Luis Alberto Sánchez a incorporarse en las filas del P.A.P.

No viendo ninguna opción verosímil en el horizonte, decidió partir, dejar el país para mejorar su preparación profesional, adquirir algunos rasgos cosmopolitas y adiestrarse en nuevas técnicas de investigación. A la postre su independencia, en un país que se fue rechazando después de la derrota popular en 1931 y en 1932, no pudo evitar que se atenuaran algunos planteamientos de su juventud y admitió algunas conciliaciones del país de ese entonces, fue en cierta manera un requisito para llevar a cabo su obra de historiador.

Viene la memoria el ejemplo de quienes persistieron en el marxismo y en las filas del comunismo, obligados a desarrollar una dificultosa doble vida como militante y como investigadores (a la postre ambas se entorpecían) o a desechar cualquier empresa intelectual en nombre del partido (fue la opción heroica de Oquendo de Amat, por ejemplo).

La memoria colectiva de una nación

Pero no es fácil desarrollar una empresa intelectual desde la independencia y el aislamiento. A propósito de Francisco García Calderón, el propio Jorge Basadre ha reflexionado sobre los avatares de la "inteligencia" no condicionaba.

En el caso de García Calderón, su imposible articulación con algún proyecto oligárquico, derivó en un paulatino alejamiento de los temas peruanos y luego en un abandono de la propia escritura, hasta terminar en la erudición privada, exhibida sólo en alguna conversación ocasional.

Basadre, por el contrario, a pesar de aislamiento de clase, no obstante no ser un "intelectual orgánico", no se refugió en la obra erudita destinada sólo a los especialistas, sino que prolongó desde su juventud hasta su edad madura ese ambicioso proyecto de proporcionar a los peruanos una imagen de su historia contemporánea que siendo a la vez una obra de paciente investigación, fuera realizada sin el recargo de notas o artificios bibliográficos, de manera que estuviera tanto al acceso del profesor como de los alumnos.

Una historia de los peruanos destinada a los peruanos, a los propios protagonistas. Entonces, lo que nos asombra de Basadre, la mejor imagen que podemos retener de él, es esa voluntad de un intelectual solitario que no dejó de percibir la dimensión colectiva de su oficio: que la historia no era sólo asunto de historiadores sino que por el contrario la memoria era una necesidad colectiva.

En esta actitud radica su vigencia y su mayor proximidad con el pensamiento de izquierda en el país. El hombre obsesionado por el problema nacional que termina su carrera intelectual publicando un libro sobre el Estado, resumió sus aspiraciones políticas con estas palabras: "Organizar el Estado sobre la Nación; he ahí el ideal". Evidentemente no era un pensamiento conservador.



Jorge Basadre y el autor de esta nota: "Basadre personificó un futuro proyecto nacional".

ESCRIBIR UNA NECROLOGICA

LUIS PASARA

Cuando, luego de su primer internamiento urgente, me contó cómo el cáncer le había cursado la primera notificación en un hotel de Santiago, acepté que tendría que escribir en breve plazo esta nota. Y, sin embargo, hoy resulta tan difícil encontrar el tono adecuado para hacerlo; escoger entre la reseña del gran intelectual o el testimonio acerca de quien pude sentir como un abuelo sabio.

La primera sorpresa con Basadre consistía en la sencillez con que acogía; la naturalidad para incorporar a su interlocutor en sus propias reflexiones. Pese a que en su vida sufrió frecuentemente el dolor ocasionado por la deslealtad —epidemia nacional—, él sabía bajar la guardia para acoger a otro amigo.

La segunda sorpresa procurada por don Jorge era la frescura de sus reflexiones. Ser viejo en él fue adquirir ese saber sedimentado de quien reflexiona inteligentemente acerca de su experiencia y, al mismo tiempo, se mantiene abierto a lo nuevo, alcanzado a él por gentes más jóvenes.

Sus anotaciones a la segunda edición de *Perú: problema y posibilidad* fueron la mejor ocasión que tuve para asomarme a su capacidad de renovación. Había convenido la publicación con el Instituto de Estudios Peruanos; se tipearon los originales, a partir de su difícil manuscrito. No estaba satisfecho: se disculpaba por lo que había faltado en su ensa-

yo genial de 1931; no le bastaba hacer las adiciones, capítulo por capítulo; sentía que había que escribir todo de nuevo; y le parecía insatisfactoria cualquier fórmula para la segunda edición. Esta, que apareció finalmente publicada por el Banco Internacional, sólo tiene una parte de las largas anotaciones que don Jorge preparó para "enmendar" su libro, a partir de sus lecturas y reflexiones durante medio siglo.

Pese al reconocimiento generalizado que lo benefició en los últimos años de su vida, don Jorge era un insatisfecho de su obra. Se lamentaba de no haber hecho explícitas o mejor ordenadas ciertas tesis en su *Historia de la República*. Quizá por ello aceptó hacer poco emprender el monumental trabajo de reordenarla, corregirla y completarla, dándole un gran hilo conductor. Entiendo que la tarea, auspiciada por la Universidad del Pacífico, queda trunca.

Con Basadre era posible conversar el Perú. Es ése el logro magnífico en las conversaciones con Pablo Macera. Pero también la conversación oral permitía aprender en concreto para qué sirve la historia. Y Basadre le sirvió para no ser ni un optimista ni un desesperanzado respecto a este país.

En los años de Velasco me dijo un día: "Esto no es la revolución; pero la revolución vendrá después; esto la prepara". Y más recientemente, mientras muchos caíamos en la tentación de pensar que la historia se repetía, él permanecía atento a percibir los

nuevos hechos y, sobre todo, el nuevo rostro de los protagonistas. Pero la significación de los paros nacionales de 1977 y 1978, antes que nadie. Comentó con interés, pero con realismo, la votación de la izquierda en las elecciones para la Constituyente.

Basadre era intelectualmente un liberal. El más brillante de los poquísimos que se han criado en el Perú. Sus simpatías por el socialismo en la década del veinte se congelaron luego; quizás ante las formas adoptadas por las sociedades construídas en nombre del socialismo. El recogió del marxismo lo que consideró valioso. Y reconoció en Mariátegui una genialidad intelectual.

Su apertura no le impidió cerrar filas contra dos enemigos: Chile y el Apra. Lo primero resulta casi natural en un tacneño que además escogió la profesión de historiador. Lo segundo fue producto de su propia experiencia con la práctica aprista.

Lo vi lamentarse sólo de un acto en su vida: haber aceptado la cartera de Educación en el segundo gobierno de Prado. Se lamentaba del error de un intelectual que se mete a administrador y del error de haberlo hecho con Prado.

Siempre trabajó solo. Recurría eventualmente a la ayuda de unas amigas bibliotecarias, que fichaban o recogían datos para él, sin otra compensación que el honor de trabajar para don Jorge. Le resultaba difícil armar un equipo, compartiendo respon-

sabilidades. Ese estilo de trabajo individual y, al mismo tiempo, artesanal, añade mérito a su obra.

La gloria de estos años finales lo tomó un poco de sorpresa. Quizá la sorpresa provenía de ser la única excepción al principio según el cual en el Perú hay que morir para ser reconocido. Acaso temió estar siendo usado por la derecha, que al levantarlo busca apropiarse de un intelectual que no le pertenecía. El echo es que, al recibir la Orden del Sol en 1978, cuidó la colocación de un par de banderillas al gobierno militar que se la otorgaba; la posible utilización quedó frustrada.

A Basadre le dolía la conformación sísmica de este país; sísmica en el sentido que periódicamente desaparece todo lo hecho y hay que comenzar de nuevo. En esto él puede ser también una excepción. Su aporte es irreversible y vive en los historiadores jóvenes que aprovechan la trocha que él abrió afrontando enormes dificultades.

En estos años de duras confrontaciones, de opciones sin convicción o sin esperanza, quizá es simbólico que don Jorge Basadre obtuviera un reconocimiento tan amplio. Izquierdas y derechas encontraron en él la preocupación por una nación que aguarda ser hecha, la lucidez para incorporar la experiencia histórica en la tarea, y la constancia para asumir trabajosamente la responsabilidad que a cada cual compete. Basadre personificó un futuro proyecto nacional.



Pablo Macera en los funerales del maestro.